

ESSERTEL, YANNICK, *L'aventure missionnaire lyonnaise (1815-1962). De Pauline Jaricot à Jules Monchabin, Préface de Marcer Launay* (Les Éditions du Cerf, París 2001), 422p., ISBN 2-204-06454-8

En 1962 Lyon recordó con la celebración de un Congreso Internacional de Misiones el primer centenario de Pauline Jaricot (1799-1862). En aquella ocasión el Cardenal Agagianian, Prefecto de la Congregación de la Propagación de la Fe, calificó a Lyon como *el gran carrefour de la cristiandad*. Lo cierto y verdad es que no le faltaron motivos. Durante ciento cincuenta años la diócesis de Lyon envió a las Misiones exteriores cerca de dos mil de sus más cualificados hijos e hijas.

A Georges Goyau, destacado misionólogo francés y autor de *La France missionnaire dans les cinq parties du monde* (1948), le habría gustado escribir la historia de esos dos mil misioneros que tanto hicieron por la Iglesia y por el mundo. Tuvieron que pasar siete décadas para ver su cumplido su sueño. Y. Essertel, doctor y profesor en Historia y miembro de la Texas Catholic Historical Society, nos ofrece un espléndido libro sobre la actividad misionera de los misioneros lyoneses. La actividad misionera de Lyon y con ella de toda Francia y Europa comenzaron con la toma de conciencia de la misión *ad gentes*, emprendida bajo el pontificado de Pío VII e impulsada con la reorganización con la Obra de la Propagación de la Fe (1822), promovida y sostenida por la laica Pauline Jaricot.

Essertel ha dedicado a esta aventura un libro muy documentado y muy ágil. En su primera parte se nos ofrecen las claves del renacimiento católico y misionero de la diócesis primada de Francia; en la segunda, se repasan los lugares, las personalidades y sus logros evangelizadores más destacados. Toda esta historia misionera es el resultado, por una parte, del esfuerzo, de la inteligencia práctica y organizativa, del entusiasmo y de la dedicación devota de los católicos franceses y, por otra, de la fuerza del Espíritu y de la generosidad de toda una sociedad al servicio de la causa de Jesucristo.

La mayor parte de los protagonistas procedían de los medios rurales. En el origen de su vocación tuvieron muchísima importancia, especialmente en el entorno de los jesuitas de la Provincia de Lyon y de los maristas, las llamadas redes familiares de vocaciones misioneras, formadas por sus mismas familias, sus amigos y su amplia parentela. Si a las estrechas relaciones familiares se suma el empuje de la vida parroquial, el testimonio de los mártires, la buena y santa influencia de las numerosas revistas, el fervor misionero presente por doquier, la fuerza expansiva del gran seminario de San Ireneo así como el influjo de un ambiente vivo y creativo, podemos explicarnos el auge de la vida misionera en estas regiones. De todas las maneras, tal empuje y entusiasmo por las misiones no se explican si a todos los factores anteriormente citados no le sumamos un factor muy presente en las sociedades europeas anteriores al Concilio: la fuerza del arrastre de una opinión pública favorecedora y entusiasta propagadora de este estilo de vida. La opinión pública, la vida familiar, las relaciones sociales, las conversaciones de los distintos grupos sociales, la escuela y las universidades estaban sembradas por los que Jean Comby ha llamado *el sueño del espíritu misionero*; espíritu que se respiraba desde la cuna y que acabó orientando a muchos jóvenes industriales y capaces hacia hazañas que cincuenta años después

nos resultan inexplicables. En Lyon y en otros muchos puntos de la Europa cristiana de los dos últimos siglos era bastante corriente el que las familias, los maestros y profesores, los párrocos y hasta los cristianos de a pie se emularan y educaran a sus hijos y alumnos en el seguimiento del Señor en tierras de misión sin preocuparse, al estilo del gran misionero que fue San Francisco Javier, de otra formación que la de asegurar su vida de fe siendo misioneros en las tierras a las que la Providencia y las leyes anticlericales francesas les mandasen. En suma, una vez entrado en una u otra congregación, su formación misionera consistía en forjar un alma y en asimilar un espíritu apostólico contenido en las directivas de sus respectivos fundadores y superiores. De todas las maneras, los misioneros lyoneses se vieron influidos por diversas espiritualidades y modelos: la sangre de los mártires arrastró a los que militaron en la Sociedad de Misiones de París; el espíritu de María a los maristas y a sus congregaciones laicales; San José, el educador perfecto, a las Hermanas de San José de Cluny; la espiritualidad ignaciana y la visión pauliana del evangelio a los jesuitas, padres blancos y hermanas de San José de Lyon; el franciscanismo y la pobreza extrema a los franciscanos, capuchinos y a toda una floración de representantes de círculos laicales.

La época de mayor esplendor de la expansión misional lyonesa, tras un prometedor y eficiente comienzo entre 1835 y 1839, que inauguró el envío de ilustres sacerdotes y religiosos a los Estados Unidos, en concreto a la extensa región de Texas, tuvo lugar entre 1840-1869. El total de los misioneros y misioneras enviados alcanzó los 330; Estados Unidos, Oceanía y en menor cuantía Madagascar y África del Sur fueron durante este tiempo las regiones más y mejor servidas. No menos creativa y fructuosa fue la siguiente etapa, la que va de entre 1870 a 1919. 541 religiosos, religiosas y sacerdotes se dirigieron a tierras de misión o lo que es lo mismo el 54 por 100 del total. Tan elevado número de misioneros tuvo su razón de ser en la proclamación de las leyes anticongregacionales de los gobiernos de J. Ferry y Combes que prohibieron la enseñanza de los religiosos dentro del territorio nacional; Estados Unidos, aunque en menor medida que en las etapas iniciales, continuó recibiendo misioneros franceses. Muchos más y más cualificados fueron los que llegaron a las regiones del medio oriente bañadas por el Mediterráneo y al norte de África. Camboya, Vietnam, China, Japón y Corea junto con el interior del continente africano serán desde comienzos del siglo xx los puntos de llegada de los misioneros lyoneses. La dos últimas etapas, las del siglo xx, orientaron un total de cerca de 500 misioneros, con el olvido definitivo de los Estados Unidos y Oceanía, a las misiones no protegidas de África y sobre todo Asia.

La segunda parte de la obra de Essertel, siguiendo los distintos puntos de destino de los misioneros franceses, nos presenta en una muy apretada síntesis una visión panorámica de su trabajo evangelizador. A los misioneros nacidos en Lyon se debe, entre otras empresas, la restauración de la Iglesia en Texas y una nueva evangelización de los Hurones y del Canadá inglés y francés; también, la siembra y el comienzo de la iglesia contemporánea en Australia y Oceanía. En este vasto y despoblado continente sobresalieron los afanes evangelizadores de la Congregación de los Sagrados Corazones, los obispos Rouchouze, Pompallier, Bataillon, Poncet, el trabajo constante de los Hermanos Maristas, el espíritu inculturador de la Tercera Orden de María, lideradas por la laica Françoise Perroton, educadora y mujer práctica, capaz de enseñar

no sólo los rudimentos y los instrumentos que hacen más fácil y llevadera la vida de los autóctonos, sino de instruir en la primera enseñanza y en el catecismo a cientos y miles de personas, y, finalmente, la dedicación de Suzanne Aubert, fundadora, después de varios fracasos personales e institucionales, de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Compasión (1892), que se volcó al estilo de nuestros días de en la evangelización inculturada de los maorís de Nueva Zelanda.

África del Sur, beneficiada por la expulsión de los europeos de Madagascar, fue evangelizada por los jesuitas y por los oblatos de María Inmaculada. El oblato Luis Mathieu fundó en 1884 una colonia católica entre las tribus cafres de Oalford; experiencia social y evangélica inspirada en las Reducciones jesuíticas de América del Sur. Innovadores por su valentía y arrojo fueron los Padres Blancos, misioneros de las selvas y del corazón del continente; dirigidos por el padre Molín lograron transformar y organizar las misiones católicas del centro de Afrecha. No menos audaces fueron en la segunda mitad del siglo XIX los Padres del Espíritu Santo; innumerables y muy creativas congregaciones femeninas fueron las que pusieron las bases de la primera evangelización de la costa occidental africana. La presencia de los misioneros franceses también alcanzó la India; si en un principio continuaron los pasos de los portugueses, muy pronto lograron adaptarse a la mentalidad india para continuar lo que los jesuitas de los siglos XVI-XVIII habían sembrado en Asia y que el Vaticano II llamará inculturación. Sobresalieron en este cometido los obispos Bonnard y Borghi, el padre Monchamin y el jesuita Pierre Perrin, sobrino de Pauline Jaricot, quien, gracias a una inteligente manera de evangelizar, inspirada en los métodos de Francisco Javier y adaptada a la espiritualidad del siglo XIX, logró superar la llamada crisis goana de la Iglesia india y confirmar en su fe y pertenencia a la Iglesia a muchos antiguos cristianos de la región del Maduré.

Con el paso del tiempo en estas regiones y en otras latitudes las religiosas fueron confirmando su capacidad misionera y organizativa. La India debe mucho a un puñado de religiosas de la Congregación de Jesús María, dirigidas por la Madre María de Santa Teresa, que desde Agra, y por medio de la educación evangelizaron y, sobre todo, unieron intereses opuestos, llegando en todo momento a los más pobres y a los más abandonados.

En la América española, los Redentoristas en el Ecuador, los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Cuba y las Hermanas de San José de Lyon en Méjico, supieron, gracias a sus trabajos parroquiales y educativos, adaptar la religiosidad de estas inmensas regiones a los nuevos tiempos. El Oriente Medio y más en concreto las regiones bañadas por el Mediterráneo alcanzaron gracias a la presencia misionera francesa una importancia y una trascendencia que juzgamos capital en su desarrollo cultural, religioso, sanitario y académico. Jesuitas y capuchinos fueron los dos familias religiosas que con más empeño se emplearon en estas áridas regiones. El norte de Egipto, la desembocadura del Nilo con Alejandría como capital y desde ella El Cairo, las dispersas aldeas de las montañas del Líbano y Siria, las alejadas regiones de Armenia y de otros puntos cercanos a Turquía, fueron sembrados de pequeñas y muy creativas escuelas y parroquias. Los misioneros contaron siempre con la ayuda de las congregaciones femeninas; unos y otras cayeron en la cuenta que, si era importante la educación de los niños, todavía lo era más la educación y la formación de las niñas, futuras madres y educadoras de las generaciones venideras. Capital importancia tuvo

la fundación en 1875 de la Universidad de San José en Beirut. Esta universidad se convirtió muy pronto en punto de encuentro entre los representantes de diversos credos religiosos y en el origen de todo tipo de iniciativas culturales e intelectuales. Una inmensa pléyade de sacerdotes y profesores multiplicaron sus esfuerzos y logros en esta región; destacamos a los jesuitas A. Foujols, maestro de novicios en Egipto y predicador de alcance universal; J. Deloré, educador y organizador de una vasta red de escuelas elementales en el Líbano y Siria; Ambroise Monnot, animoso propagandista católico y amante de la cultura y de la competencia católica frente a los protestantes y los árabes, clima que le llevó en 1875 a crear la Universidad de San José de Beirut; el arqueólogo L. Jalabert y el también arqueólogo A. Poidebard, iniciador de la fotografía aérea aplicada al paisaje, a la arqueología de las culturas antiguas y a la organización territorial de infraestructuras; a él se le debe en Siria, siguiendo el modelo de la red de la conducción de aguas construida en tiempos de los romanos, el trazado y el aprovechamiento de las corrientes de aguas para la población civil en regiones tan inmensas como secas. No menos laudable fue el trabajo que los capuchinos llevaron a término en estas regiones; sus parroquias, modelos de evangelización, ayuda social, caridad y unión de ritos y religiones en regiones donde la división y el odio tienen raíces muy profundas, lograron la reconciliación y el progreso social. En estos espacios de libertad miles y miles de libaneses, turcos y armenios fueron atendidos y hermanados. Significativa fue la labor ecuménica llevada a cabo en la red de colegios que los Hermanos de las Escuelas Cristianas establecieron en Egipto y donde destacó el Hermano L. Cadet. Muestra del pujante catolicismo francés fue la apertura de un Carmelo en Haifa (1891), acción llevada a término por las hermanas Causans, «como lugar de encuentro de los corazones y de retorno de a la unidad». Finalmente, en el norte de Africa los Padres Blancos, amén de intentar el diálogo con el Islam, se han ganado la autoridad y el buen nombre de estas difíciles regiones por medio de una muy discreta presencia cristiana.

La vitalidad de la Iglesia de Lyon llegó, igualmente, a regiones más alejadas y que el autor denomina, misiones no protegidas. Tierras de promesas y de audacia, lugares de sufrimiento y de gloria, regiones de muerte y resurrección. Vietnam, Camboya, Laos y Tonkin. Más espectacular y difíciles resultaron las misiones en tierras de Mongolia y China: en Mongolia, el lazarista obispo Daguin tuvo la valentía de escribir una *Instrucción a los cristianos contra los pies pequeños* (1850), por la que denunciaba la acendrada costumbre entre las mujeres chinas de empequeñecerse sus pies y sobre todo aspiró a mantener un pequeño seminario en el que pudiesen formarse una veintena de seminaristas, suficientes, en su opinión, para sembrar la religión cristiana en China. Tan buenos auspicios no prosperaron; pocos años después de su muerte en 1859, comenzaron las persecuciones contra los misioneros; años más tarde en medio de la revuelta Boxers, algunos misioneros y la influyente comunidad de los maristas de Nan Chang en 1906 alcanzarán la gloria del martirio, situación que no mejorará nada con el triunfo de la Revolución Comunista. Corea, en los confines de Asia, conocerá el amor hecho mujer en la persona de Anne-Marie Odouard, religiosa de la Congregación de San Pablo de Chartes, y que con el nombre de Beatriz de María se consagrará desde 1906 en cuerpo y alma a los pobres de la ciudad de Taegou hasta morir abandonada y menospreciada por los comunistas de Corea del Norte en 1950.—ALFREDO VERDOY, S.J.